

O'GORMAN Y LA IDEA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

José GAOS

EL ÚLTIMO libro de Edmundo O'Gorman ¹ no es una Historia ² más del *descubrimiento de América*, del "hecho" del descubrimiento de América, sino la primera Historia de la *idea* de que este "hecho" fué un descubrimiento de América. El libro pertenece, por tanto, a aquella especie del género Historia que es la *Historia de las ideas*, y como tal debe ser juzgado, si se quiere juzgarlo con justicia.

No es del todo improbable que algún lector de las palabras anteriores reaccione de inmediato ante ellas preguntándose cómo es posible que la simple *idea* de que el hecho del descubrimiento de América fué un descubrimiento de América haya dado tema para un libro, y un libro de Historia. Un libro de Historia de la idea del descubrimiento de América supone una historia de esta idea, y ésta parece demasiado obvia para tener toda una historia, y más aún para dar materia a ningún libro. El *hecho* mismo del descubrimiento de América sería otra cosa. . .

La cabal respuesta a la no del toda improbable pregunta es el propio libro, pero no estará de más aquí empezar por dar una respuesta, por poco cabal que no pueda menos de ser, resumiendo la historia contada con gran amplitud y detalle por O'Gorman.

Colón, buscando Asia, encuentra unas tierras que identifica como asiáticas. Vespucio identifica las tierras encontradas por Colón no como asiáticas, sino desconocidas o nuevas. Por este descubrimiento de su *novedad* se empieza a considerarlo como el descubridor de *ellas* y a darles su nombre.

La "sensacional" especie de que las tierras encontradas por Colón son nuevas se divulga sin que se divulgue con ella el conocimiento, mucho menos sensacional, del descubridor de su novedad. Pero entonces el encuentro por Colón de unas tierras desconocidas no resulta explicable en definitiva más que

por un azar: o de Colón mismo, o de algún otro, por el cual tuviera ya conocimiento de ellas Colón. Y pareciendo esto último más verosímil al vulgo, éste creó la leyenda del piloto anónimo.

Esta leyenda permitía considerar a Colón como el descubridor de las nuevas tierras como tales, es decir, como nuevas, negándole el título a Vesputio: por ello se apropiaron la leyenda, o la noción permitida por ella, de Colón descubridor de las nuevas tierras, los autores interesados en dar o confirmar a Colón este título, negandoselo a Vesputio o ignorando a éste. López de Gómara es el autor de la "consagración historiográfica de la leyenda". En Fernández de Oviedo "asistimos... al parto del Colón tradicional", de "la imagen más persistente de Colón, el marino sabio y erudito", el "Colón doctorado por Oviedo" para poder concebir lo hecho por Colón como hecho fundamental de una concepción de la misión imperial y católica de España. Movidó por el interés filial, Fernando Colón, que "sabía que ese título podía razonablemente recaer en Vesputio, como razonablemente andaba ya en vías de recaer", "se apresuró a lanzar su equívoco y taumatúrgico libro", cuyo "propósito fundamental" fué el de "ocultar que su padre había confundido las tierras nuevas con regiones de Asia, porque semejante circunstancia hacía imposible que, con todo rigor, se considerase a Colón como 'descubridor del nuevo mundo'", y por tanto el propósito de presentar "a un Colón sabedor de la existencia de ese 'nuevo mundo', aun antes de haberlo visto", "sabor de unas tierras ignoradas de un modo absoluto, pero que, no obstante, llegó a conocer por medio y con la certidumbre de una hipótesis científica fundada en razonamientos de inducción y de autoridades. Colón realizó, de esta suerte, en efecto, un descubrimiento en el sentido plenario del concepto y de la palabra". Finalmente, "la interpretación providencialista común y corriente" de lo hecho por Colón, "que en mayor o menor grado encontramos en los tratadistas españoles antiguos", como la que respondía más honda y auténticamente a la *Weltanschauung* de aquella edad, logra su plenitud en el padre Las Casas, "mediante su doctrina de la habitabilidad en sí de toda la tierra y de su idea de ser el 'descubrimiento' la revelación de un camino, que es a la vez místico y náutico": mientras que aquellos tratadistas "se que-

dan en el concepto 'científico' del 'descubrimiento', Las Casas "desplaza la comprensión historiográfica de la esfera de los intereses puramente científicos para radicarse firmemente en la esfera de los intereses divinos de la salvación eterna". Los cuatro autores nombrados son los más representativos de "la etapa antigua de la historiografía colombina".

Antonio de Herrera representa "el tránsito a la historiografía moderna" con su "tesis ecléctica" consistente "en transitar de la posición adoptada por don Fernando, que presenta dicho suceso como un descubrimiento *a priori*, a la posición menos extremosa de considerar ese mismo suceso como un descubrimiento *a posteriori*". Esto significa que a la idea de descubrimiento le es indiferente la anterioridad o posterioridad, al encuentro, de la identificación como nuevo de lo encontrado; lo que significa a su vez que la idea de descubrimiento empieza a pasar, de ser la idea de la identificación como nuevo de algo encontrado, a ser la idea de encontrar algo independientemente de toda identificación de lo encontrado —que es precisamente el proceso histórico de la idea del descubrimiento de América, como muestra y demuestra el libro todo de O'Gorman y puede atisbar el lector por lo que se va diciendo.

Desde el primer año del siglo xvii, año de la aparición de la primera de las *Décadas* de Herrera, hasta el último tercio del siglo xviii, "se extiende un yermo para el historiador de las ideas del 'descubrimiento de América' ". En cambio, en dicho tercio y la primera mitad del siglo xix, en cuyos años 43 y 44 escribe Humboldt su *Cosmos*, se apiñan los autores representativos de "la historiografía moderna del descubrimiento", última etapa creadora en la historia de aquella idea, pues ya se verá lo que pasa con "la etapa contemporánea de la historiografía colombina".

"La contradicción herreriana. . . era ya inculgable para quien ya no estaba en la situación histórica de Herrera. . . consistía en que, por una parte, Herrera postulaba expresamente como *único* objetivo de la empresa el propósito que tendría Colón de descubrir las nuevas tierras por él intuídas, y que, por otra parte, Herrera postulaba tácitamente, al admitir la confusión colombina, un objetivo diverso, o sea el propósito que tendría Colón de abrir la ruta occidental a la India.

Para compadecer esta contradicción lo indicado era, entonces, admitir de algún modo que en la mente de Colón hubo dos propósitos. . . admitiendo que el objetivo tiene dos posibilidades de cumplimiento”, como admiten Fray Pablo Beaumont y Robertson, o pensando, como don Juan Bautista Muñoz, que “el proyecto de Colón era navegar hacia Occidente, no para encontrar unas tierras cuya existencia había intuído y que probablemente eran la parte extrema oriental de Asia, sino para ir a este continente que, sin género de duda, era accesible por esa vía, y hallar de paso ‘algunas tierras felices’ que estarían situadas en el camino”, porque “el futuro almirante ‘tuvo al fin por ciertas de todo punto *ambas empresas*’”. Pero de toda esta descendencia del eclecticismo de Herrera se desprende, ya con don Martín Fernández de Navarrete, pero sobre todo en Washington Irving, la idea del “descubrimiento casual” o “fortuito” de América por un Colón del “objetivo asiático” único, idea dominante en adelante, aun cuando de dos maneras sumamente distintas, en cierto sentido opuestas. La una es aquella según la cual se trataría de un descubrimiento casual para Colón, pero no para el Principio rector de la marcha “progresiva” de la historia de la “Humanidad” en el que la filosofía de la Ilustración y del Idealismo alemán y Romanticismo y aun del Positivismo de Comte secularizó a la Providencia rectora de la misma marcha dentro de la *Weltanschauung* cristiana del mundo. Esta manera, incoada por Robertson, culmina en el *Cosmos* de Alejandro de Humboldt, en el que por lo mismo se encuentra “la entelequia de la historiografía colombina moderna”. La otra manera es aquella según la cual se trataría de un descubrimiento casual para Colón, y nada más, la manera propia de “la etapa contemporánea de la historiografía colombina”.

El libro mismo de O’Gorman culmina en la parte en que narra el proceso de la secularización de la Providencia en el Principio aludido y en que a continuación expone la forma en que Humboldt concibe lo hecho por Colón dentro de la nueva gran concepción del cosmos. La narración de aquel proceso constituye un fragmento de Historia del pensamiento moderno digno de los *mayores maestros* de la Historia de la filosofía, del pensamiento o de las ideas (de quienes se quiera, Windelband, Dilthey, Cassirer. . .), por lo directo del conoci-

miento de las fuentes y lo original y profundo de la interpretación de las mismas y de la reconstrucción de los hechos ideológicos. Es cosa de destacar justamente los extremos inicial y terminal del proceso: la exposición de la filosofía de la historia de Bossuet, con su aparición de "la Humanidad" en plena concepción providencialista todavía, y su influencia sobre la filosofía de la Ilustración; y la exposición de la filosofía de la historia de Condorcet, con su inserción del descubrimiento de América entre los hechos decisivos del progreso humano por el triunfo de la razón, "antecedente inmediato de Humboldt". Éste "beneficia a un tiempo el de las conquistas que representan la línea de Herder y el postkantismo y la línea que, partiendo siempre de Bossuet, pasa por el marqués de Condorcet y aflora en Augusto Comte". Más en particular, "de aquel gran nudo filosófico que es Kant, de esa conjunción y hermandad de la razón pura, de la razón práctica y de la razón bella se desprende el pensamiento de Alejandro von Humboldt, el científico romántico, enamorado por igual de la armonía mecánica de las leyes físicas del Universo; de las instituciones de los estados libres que reconocen como base la unidad fundamental de la especie humana; y de la sublimidad de la bóveda celeste junto con la belleza salvaje de las regiones tropicales de América. Sostén de esos amores es la noción de la humanidad y su destino en este mundo, y dentro de este complejo postkantiano, insertará von Humboldt al 'descubrimiento de América' todo él trascendido por esta magnífica visión de un cosmos racional, bueno y bello". Para esta visión, "la historia, o sea lo significativo del pasado, consistirá en la progresión lenta y penosa del espíritu humano hacia la conquista de [una] posibilidad suprema", a saber, la de la "transmutación de la visión histórica y relativa del universo en visión eterna y absoluta" en "la ciencia del cosmos". "Por consiguiente, la historia es... el título justificativo de la ciencia del cosmos; pero a su vez, sólo esa ciencia puede revelar el sentido de la historia. En una palabra, que el 'Cuadro de la naturaleza' es la meta de la más alta disciplina científica, y a un tiempo la entelequia del discurso histórico. La historia, pues, contiene la condición de posibilidad para que el hombre pueda alcanzar una visión divina del universo; pero, a su vez, tal visión es donde se cumple y agota

la historia". Esta relación entre historia y ciencia del cosmos o cuadro de la naturaleza se articula más concretamente por medio de "un *factum* que siendo un acontecimiento histórico en el sentido más estricto del término es al mismo tiempo, por su contenido y dirección, algo que de suyo supera su historicidad, en cuanto que sólo es significativo en el plano metahistórico a que remite el anhelo connatural o constitutivo del hombre de poseer un conocimiento absoluto del universo. Tal hecho, en efecto, no es sino el hecho, obvio y universal, del contacto inmediato que establece el hombre con el mundo que lo rodea por medio de la percepción sensible. El hombre, en efecto, al restablecer ese contacto, a diferencia de los otros seres orgánicos, recibe un mensaje, una revelación, revelación o mensaje cuyo estudio conduce a Humboldt a formular su doctrina de tinte kantiano acerca de la 'influencia o reflejo del mundo exterior sobre la imaginación y el sentimiento', doctrina que le sirve de puente o conexión entre los dos planos estructurales de su sistema". Pues bien, Colón fué un instrumento capital, por medio de esta influencia o reflejo, del progreso de la historia hasta la ciencia del cosmos. Habiendo descubierto América por casualidad para él, pero "cediendo ante el poderoso influjo de la belleza de la naturaleza, supo convertirse en fiel portavoz, en inspirado oráculo del trópico esmaltado de una vegetación y de una fauna desconocidas, revelando de ese modo la existencia de una nueva provincia del universo que, dócil, se entregaba a la observación científica de los sabios, los portavoces de la humanidad". Este "Colón humboldtiano no es, pues, visto del lado del acontecimiento, sino un instrumento de la teleología inherente y fatal del ocurrir histórico, y visto del lado del sujeto a quien debe atribuirse dicho acontecimiento, sino un mecanismo del engranaje de los goces que acarrea la contemplación de la naturaleza, mecanismo que... sirve para transitar del plano histórico del acontecer concreto y relativo al plano meta-histórico del saber abstracto y absoluto de la ciencia del cosmos, constituída, preconizada e instaurada por Alejandro von Humboldt". Y "el verdadero Humboldt es el autor en cuanto tal del *Cosmos*, es decir en cuanto es el instrumento despersonalizado de que se vale, a manera de portavoz, la humanidad para realizar su alto y metahistórico destino".

“He aquí, pues, la entelequia de toda la tradición historiográfica colombina que, pasando por la disolución de la entelequia cristiana providencialista contenida en la interpretación lascasiana, viene a florecer lozana y magnífica en la interpretación teleológica que nos ofrece Humboldt en las inspiradas páginas de su esclarecida vejez”. Mas “mostrar que en el *Cosmos* la historiografía colombina moderna, es decir, la tesis del ‘descubrimiento casual de América’, encuentra su fundamentación conceptual y su articulación dentro de una visión total del mundo. . . es tanto como mostrar que, mientras aquella tesis sea vigente, la labor historiográfica colombina carece de objetivo auténtico o, si se quiere, carece de programa vital. Pero tal carencia es tanto como la condenación a una actividad detallista de tipo puramente erudito y polémico que necesariamente degenera pronto en bizantinismo, pues que se pierden de vista las grandes perspectivas de donde ha brotado la tesis que todos sostienen, pero cuyos fundamentos, supuestos y condiciones de posibilidad ya nadie verá”. Tal, la etapa contemporánea de la historiografía colombina.

Y tal, la historia de la idea del “descubrimiento de América”. Reducible a tres formas de la idea de “descubrimiento”: el descubrimiento de la identidad de un ente por un individuo plenamente consciente de su descubrimiento; el descubrimiento en el mismo sentido, pero por un individuo no plenamente consciente de su descubrimiento, mas instrumento de un principio supraindividual; el descubrimiento casual o “tropezón”, con un ente, de un individuo, sabedor o ignorante de la identidad del ente y no instrumento de ningún principio supraindividual, sino simple pieza, él, y simple momento, su tropezón, de un curso puramente mecánico del universo. A cada una de estas formas de la idea de “descubrimiento” corresponde una forma de la idea del “descubrimiento de América” en torno a una idea de Colón: el Colón “fernandino, aquel de las intenciones descubridoras de las Indias Occidentales”, parto de Oviedo; el Colón criatura del romanticismo científico del postkantismo, incoado por Robertson; el Colón del positivismo. Pero esta historia responde, a su vez, a toda una historia mucho más amplia y profunda. “La historiografía colombina antigua. . . surgió y se desplegó dentro de una visión del mundo elaborada con anterioridad al suceso y

que, si bien amenazaba ruina por los años finales del siglo xv, aún dominaba todos los resortes de la vida espiritual de la época. . . la visión religiosa —católica— del mundo era el arca de donde salían ya hechas las soluciones fundamentales que permitían el desarrollo historiográfico. . . Puede decirse, pues, que la historiografía antigua, tomada en conjunto y aun desbordada hasta más allá de Herrera, se da dentro de un sistema o, como diría Ortega, dentro de un repertorio de creencias que en el fondo se afiliaba a un providencialismo trascendental. Distinto es el caso. . . de la historiografía colombina moderna. A ella, en efecto, se le plantea la tarea de ajustarse a esa visión del mundo que ha impulsado su desarrollo". Finalmente, se llega a "un ambiente de interpretación del suceso como un acto sólo significativo dentro de una teleología mecanicista del Universo. . . todos dirán a una voz que Colón sabía que había llegado al Asia; todos, no obstante, dirán que el 12 de octubre de 1492 Colón descubrió América, y llegará el momento en que un historiador contemporáneo (Morison), empujando la consecuencia lógica hasta su extremo piense que la historia del 'descubrimiento' consiste en relatar 'lo que hizo Colón; no lo que se propuso hacer', idea que es el límite a que puede llegar el supuesto básico de la interpretación mecánica y ahistórica constitutiva de la historiografía moderna". En particular, "el proceso historiográfico. . . desde Herrera hasta Irving es. . . el proceso de la deshumanización de la historiografía, o si se quiere de la enajenación del pasado como constitutivo de la existencia humana, o si se quiere es el proceso de la cultura occidental encaminado hasta la meta del idealismo trascendental. . . todo se reduce. . . a que la historiografía en general y esta colombina en particular reflejan las corrientes sustancialistas, ahistoricistas e idealistas que alientan en la historia moderna del hombre de Occidente". En singular referencia a las "transfiguraciones ideales del ser del acontecimiento histórico y del ser de su protagonista" por Humboldt, "en su base está una previa y no menos ideal comprensión de la totalidad del mundo que reconoce por hondas raíces un apriorismo sustancialista del existir humano"; pero, con total generalidad, este apriorismo es "el mismo apriorismo, en definitiva, que explicitamos. . . como cimiento de todo el proceso historiográfico colombino". Este proceso ha respondido, en

suma, al proceso ideológico fundamental de Occidente, proceso que, providencialista, idealista o mecanicista, ha sido fundamentalmente sustancialista, lo que significa lo que se apuntará un poco más adelante.

TODA esta historia está contada por O'Gorman como un dramático proceso de concepciones cuya problematicidad lleva de unas a otras en busca de una solución, no sólo a los autores del pasado, sino con ellos a los lectores de hoy. Y el dramatismo del proceso está realzado, sobre todo en los pasajes "cardinales", por el estilo de O'Gorman, en que alternan de la manera más lograda valores como los del énfasis patético y el humor sarcástico.

Mas si O'Gorman cuenta, y con tanto arte, la historia de la idea del descubrimiento de América, no es por el puro gusto de contarla, sino porque "intentar una historia de la historia [Historia] del 'descubrimiento de América'... es... la sola manera de hacerle frente al único problema auténtico que ofrece el estado actual de la historiografía del 'descubrimiento de América'". "Haber convertido en objeto de nuestra consideración, no ya el 'descubrimiento de América', sino la noción misma de que la realidad histórica así mentada sea un 'descubrimiento'... significa... que hemos puesto en estado de cuestión semejante idea, o lo que es lo mismo, que hemos abierto la posibilidad para afirmar su contraria, es decir, que la realidad histórica de que se trata *no es un 'descubrimiento'*... hemos logrado poner en duda legítima, no ya cómo y por quién se 'descubrió América', que es el problema tradicional, sino en duda el 'hecho' de que América haya sido 'descubierta', cuestión que, por afectar la manera misma de concebir el ser del suceso, nos planta en un estrato hermenéutico situado más allá de la estructura donde sólo tienen sentido las limitaciones y posibilidades del plano interpretativo tradicional". "Al haber logrado el desmonte de la estructura historiográfica colombina tradicional para quedarnos tan sólo frente al supuesto básico de donde depende su 'verdad', se ha logrado, ni más ni menos, remover el impedimento que existía para establecer nuevo y directo contacto con la realidad histórica tan contradictoria y ciegamente mentada en la tesis vigente del llamado 'descubrimiento fortuito'. Porque, en

efecto, a esto se traduce, en definitiva, el haber logrado poner en estado de cuestión el concepto mismo de 'descubrimiento', en cuanto noción adecuada para contener ontológicamente la realidad de que se trata, de donde se ve que insinuamos la posibilidad de dotar de un ser distinto al que tradicionalmente se le concede a esa entidad llamada América. Por todo esto no nos parece ni excesivo, ni infundado que este libro que contiene la historia del cuento y la cuenta de la historia del 'descubrimiento' de esa entidad, puede ofrecerse como una contribución positiva, el primer paso, al problema capital de la comprensión de nuestro pasado, al problema, hasta ahora intacto, del ser histórico de América". Y O'Gorman promete un nuevo libro cuyo asunto será la revisión de la idea misma del "descubrimiento de América" con vistas a la presentación de una idea del ser de la entidad llamada "América".

Tan espléndida Historia como la del libro de O'Gorman; tan original y profunda concepción crítica como la de revisar la idea misma del "descubrimiento de América", y no contentarse una vez más con debatir los "hechos" así "ideados" o con investigar más "hechos" igualmente "ideados"; y tan incitante y subida promesa como la del nuevo libro, sólo han sido o son posibles sobre la base de toda una verdadera filosofía de la Historia de las ideas en especial y de la Historia en general, centrada en torno a una filosofía de las ideas, de los hechos y de la historia; que sólo de tales profundidades hechas conscientes puede salir una renovación tan radical de un gran tema. No, pues, un libro de filosofía so capa de Historia, sino un libro de auténtica Historia, pero (?!) enraizada en una filosofía.

La Historia de la idea del descubrimiento de América escrita por O'Gorman resulta ante todo la Historia de la idea en una serie de autores o una Historia filológico-literaria. Pero las razones no son la de que la historia de las ideas se reduzca a la de las ideas de los autores y la de que la Historia de las ideas se reduzca la Historia filológico-literaria, sino estas obras. La historia de las ideas comprende las de todos los hombres, autores o anónimos, o las propias, en cierto sentido, ya de determinados individuos, ya de una u otra colectividad; pero las de los autores, aun cuando no sean más importantes históricamente que las de los anónimos miembros de colectivi-

dades, tienen en su expresión en las obras de los autores una "aprehensibilidad" tan relevante, que por ellas hay que empezar. Si, pues, ya en la Historia en general tiene tanta importancia el documento como fuente de conocimiento, mayor aún es la importancia de los textos en la Historia de las ideas como fuente de conocimiento de éstas. Por eso, si la Historia en general implica una primera labor filológico-literaria, esta labor es singularmente fundamental en la Historia de las ideas. Así, pues, la historia de la idea del descubrimiento de América abarca la presencia y acción de esta idea en todos los hombres que la han tenido, pero entre estos hombres han sido decisivos para la concepción, formulación, difusión y repercusión toda de la idea los autores de ciertos textos. Por eso la analítica interpretación de estos textos hecha por O'Gorman constituye la básica porción filológico-literaria de su libro. Estos análisis interpretativos son verdaderos modelos del género, que pueden servir para mostrar algo muy importante dentro de la metodología de la Historia. Se postula que el conocimiento de las fuentes debe ser exhaustivo, pero este postulado se ha entendido corrientemente en un sentido cuantitativo o extensivo, conocimiento del mayor número posible de fuentes, al precio de conocer sólo superficialmente cada una, cuando quizá debiera entenderse en un sentido cualitativo, conocimiento lo más ahondado que sea posible de sólo ciertas fuentes bien elegidas como particularmente representativas.

Pero la Historia de las ideas no debe quedarse en Historia filológico-literaria de ellas como pura Historia "doxográfica". La Historia de las ideas no puede menos, no ya de ser, sino de empezar por ser doxográfica, pero no debe reducirse a tal, si quiere ser realmente Historia. Las ideas necesitan ser explicadas o comprendidas históricamente por el resto entero de la realidad de que forman parte. Si el libro de O'Gorman culmina en las páginas anteriormente señaladas, no es sólo porque la historia de la idea del descubrimiento de América culmine en Humboldt, sino porque O'Gorman comprende y explica la idea en Humboldt por toda la *Weltanschauung* de éste y de su momento histórico como no lo hace igualmente con los demás autores. Pero la razón de este desigual trato no es tanto la de que las *Weltanschauungen* de los primeros y de

los últimos autores, la cristiana y la contemporánea, sean más vulgarmente conocidas que la de los autores intermedios, la de la Ilustración y del Idealismo alemán y Romanticismo filosófico, cuanto la de que, mientras que “la historiografía colombina antigua. . . surgió y se desplegó dentro de una visión del mundo elaborada con anterioridad al suceso” o “dentro de un sistema o. . . de un repertorio de creencias”, a “la historiografía colombina moderna. . . se le plantea la tarea de ajustarse a esa visión del mundo que ha impulsado su desarrollo”. La diferente relación, pues, entre la idea del descubrimiento de América en los distintos autores y la respectiva *Weltanschauung*, se ha traducido en el diverso tratamiento dado precisamente a esta relación por el historiador.

La explicación o comprensión de las ideas por el resto entero de la realidad de que forman parte, implica una selección de esta masa de materiales, hecha con sujeción a un principio valorativo, y una reagrupación de lo selecto en articulaciones autóctonas, por decirlo así, del material mismo y no impuestas a éste por ideas generales previas. En el libro de O'Gorman tales selección, principio valorativo y articulaciones están representadas o constituídas por los autores elegidos como más representativos de las sucesivas etapas de la historiografía colombina y por las que de éstas se distinguen y sus subdivisiones.

Finalmente, si en otros tiempos se concibió la Historia como arte que podía ser ciencia y en los nuestros se la concibe como ciencia, hay que añadir: que debe ser arte—en la definitiva plenitud de su composición. Lo mismo, la Historia de las ideas, aunque el empeño de componerla y escribirla artísticamente resultara más difícil que en los géneros historiográficos donde se trata en primer término de acontecimientos y personalidades quizás más susceptibles y hasta exigentes de tratamiento artístico que esos entes de apariencia tan espectral e inerte que son las ideas. Ello sólo querría decir que el cabal historiador de las ideas sería mucho más artista que el cabal historiador de cualquier otro género. En todo caso, el libro de O'Gorman es una buena muestra de hasta dónde puede realmente llegar la potencia artística de un historiador de ideas.

Mas todo lo anterior tiene su clave en una filosofía de las

ideas, de los hechos y de la historia, que puede reducirse a dos parejas de proposiciones o tesis complementarias entre sí —las proposiciones de cada una de las parejas y éstas— y opuestas a otros tantos errores, más o menos vulgares y divulgados: los hechos no son independientes de las ideas, pero no se reducen a las ideas; las ideas son unos hechos diferentes de los demás, pero no aparte de éstos.

La tesis de que los hechos históricos son independientes de las ideas que los hombres nos hagamos y tengamos de ellos parece tan obvia para cualquiera, que no es de extrañar que muchos historiadores la hayan sostenido y sigan sosteniéndola, sacando de ella la norma de que el historiador debe atenerse a los hechos, procurando todo lo posible prescindir de las ideas acerca de ellos para no alterarlos con ellas. Ya se consignó cómo O'Gorman señala como ejemplar superlativo de estos historiadores al reciente de Colón, Morison, que ha rehecho las navegaciones de Colón en la idea de rehacer los hechos mismos de Colón y de que ello sería el mejor medio de conocerlos. "Opina Morison que el material para el conocimiento de los viajes colombinos es abundante, pero que no se ha sabido beneficiar. ¿Por qué? Porque, dice, 'ningún biógrafo de Colón se ha lanzado al mar en busca de la luz y de la verdad'... Postula, pues, como método de investigación histórica, lo que en derecho procesal se llama la 'reconstrucción de hechos'... Por eso censura a los historiadores que le han precedido por sus 'navigaciones de gabinete' ". ¡Como si los hechos de Colón fuesen tan independientes de las ideas de éste, que pudieran ser rehechos por él, por Morison, a pesar de la diferencia de ideas entre Colón y él! ¿Habría sido rehacer la arribada de Colón a una tierra nueva para él el 12 de octubre de 1492, con la idea empero de que aquella tierra tenía que ser tierra del Gran Kan, arribar el día del año de este siglo que haya sido un Mr. Morison a una tierra tan poco nueva para él, que arriba a ella con la idea de que es aquella tierra de América a la que había arribado Colón como a una tierra nueva para él el 12 de octubre de 1492, con la idea empero de que tenía que ser tierra del Gran Kan? Los panoramas percibidos por Colón estaban interpretados por él mediante sus ideas preconcebidas acerca de las tierras del Gran Kan. Los panoramas de Mr. Morison han estado interpreta-

dos por él mediante sus ideas preconcebidas acerca de Colón. Mucho más, pues, que rehacer el antiguo viaje de Colón sobre las tierras del Gran Kan, Mr. Morison hizo el novísimo viaje de Mr. Morison sobre las tierras de Colón. Lo que no es mayor obstáculo para que, así como se ha interpretado lo hecho por Colón mediante la idea del descubrimiento de América, Mr. Morison interprete lo hecho por él mediante la idea de un descubrimiento de Colón, que es a lo que equivale el pretender conocer lo hecho por Colón mejor que ningún historiador anterior gracias al novísimo viaje. "El método postulado por Morison. . . es un imposible. De tomarlo en serio sería menester que todo historiador del 'descubrimiento' fuese tan buen marino como el señor Morison. Pero ¡qué decimos! sería menester que fuera un marino idéntico a Colón, es decir, que fuera Colón mismo. Y en efecto, bueno será preguntarle al señor Morison que ¿por qué no empleó naves idénticas a las carabelas colombinas? que ¿por qué se valió de instrumental moderno y cartas del almirantazgo norteamericano? Su 'reconstrucción de hechos' es una ilusión tan ilusoria como pueden serlo las de sus menospreciados colegas que se quedan al seguro de sus bibliotecas. La 'luz y verdad' que Morison salió a buscar en el líquido elemento las llevó con él al embarcarse: iban, su 'luz y su verdad', en sus libros, en sus mapas, en sus propósitos, en sus prejuicios y creencias y en su admirable ingenuidad. Como reflexión final pensemos que si el método de investigación histórica es la 'reconstrucción de hechos', buena la vamos a pasar el día en que un historiador se meta a investigar 'la luz y la verdad' de la última guerra". Por fortuna, la reconstrucción de hechos que debe llevar a cabo el historiador no es la reconstrucción de unos hechos *en sí* que no sólo por pasados ya no son ni pueden ser, sino que nunca fueron: es la reconstrucción, de hechos dados *en* ciertas ideas, *en* otras ideas.³

El fondo de semejantes métodos y de la tesis que los inspira es un fondo filosófico, por muy inconscientes de él que sean en el expreso antifilosofismo sólito en ellos los historiadores de esta observancia. Es, en efecto, la concepción sustancialista dominante en la tradición ideológica de Occidente, degradada en la concepción mecanicista dominante en las etapas más recientes de esta tradición: la realidad se integra de sustancias

inmutables y permanentes, y objetivas o independientes de los sujetos, o de las ideas de éstos, o se integra de hechos concebidos no sólo con esta objetividad, sino aún con aquella sustancialidad, en cuanto fijados espacio-temporalmente en su secuencia mecánica; y tal objetividad es la verdad de los hechos, que, por lo mismo que los hechos la poseen independientemente de los sujetos, éstos no pueden hacerle más que descubrirla en y con los hechos mismos. “¿Cómo y por qué piensa Morison que en el mar hallará ‘la luz y la verdad’? es algo que no aclara; pero es evidente que en el fondo de ese pensamiento alienta la inveterada idea de que ‘la verdad’ es algo que está en las cosas en espera de que venga alguien a mostrarla”. “Todo se despliega en un plano meta-histórico en cuya base está aquella concepción substancialista de la cosa como siendo en sí o de suyo una cosa nueva, un ‘nuevo mundo’... Todo parte, pues, de una comprensión inicial de la cosa que la dota de un ser absoluto y predeterminado”.

Pero bastan unos simplicísimos ejemplo y reflexión para mostrar que no hay para nosotros, los hombres, hechos independientes de nuestras ideas acerca de ellos, porque no puede haberlos. El hecho del descubrimiento de América *es* ante todo *un hecho*. Pero esto de que *es un hecho* es algo que pensamos *del hecho que es* por medio de los conceptos de “hecho” y de “ser”. El hecho del descubrimiento de América es, en segundo término, el hecho de un *descubrimiento*. Pero esto de que es el hecho de un *descubrimiento* es algo que pensamos del hecho por medio del concepto de “descubrimiento”. El hecho del descubrimiento de América es, por último, el hecho del descubrimiento de *América*. Pero esto de que es el hecho del descubrimiento de *América* es algo que pensamos del hecho por medio del concepto de “América”. Ahora bien, este concepto, el de “América”, es un concepto que tiene toda una historia, desde que se lo forjó para conceptuar unas tierras de identidad disputada, hasta el día de hoy, en que es el concepto de una parte de la Tierra, del conjunto de pueblos que la habitan, de una cultura peculiar de estos pueblos, de un ideal de vida o utopía que representaría esta cultura... El concepto de “descubrimiento” no tendrá una historia semejante, pero tiene un sentido por el cual es problemático, cuando menos, el emplearlo para conceptuar el hecho de la arribada de Colón

y sus compañeros el 12 de octubre de 1492 a una tierra de la que se conceptuó posteriormente de "América". ¿Fué aquella arribada, realmente, auténticamente, un "descubrimiento"? . . . La cuestión se complica, notoriamente, si se pregunta si la arribada fué un "descubrimiento" de "América", es decir, de unas tierras conceptuadas de "América" sólo *después* del "descubrimiento". . . En fin, el concepto de "hecho" será un concepto forzoso e insustituible para conceptuar la arribada, sea ésta o no un descubrimiento de América, ni siquiera un *descubrimiento*, pero es un concepto con un sentido con el cual precisamente conceptuamos o concebimos la arribada como un *hecho* —mas ¿cuál es este sentido?; ¿qué se quiere decir cuando se dice que algo es un "hecho"? . . . Como se empezó por ver, se quiere decir que el algo que es un hecho es algo independiente de las ideas acerca de él, pero, como se va viendo, el algo que es un hecho no es algo independiente de las ideas acerca de él. Pensando lo primero y conceptuando de hecho el descubrimiento de América, se piensa que éste es precisamente un hecho independiente de los conceptos de "América", "descubrimiento" y "hecho", del cual debe el historiador hacer la Historia prescindiendo de estas ideas. Pensando lo segundo y conceptuando aún de hecho, y aun de descubrimiento, y de América, el hecho se pensará que éste depende de los conceptos de "América", "descubrimiento" y "hecho" hasta el punto de que la Historia *del hecho* bien pudiera consistir fundamentalmente en la Historia *de estas ideas*. Pero la cosa es todavía más grave. Porque ¿de veras es el concepto de "hecho" tan forzoso e insustituible para conceptuar o concebir la arribada, sobre todo si ésta no fuese un descubrimiento de América, ni siquiera un *descubrimiento*? Porque si la arribada *no* fué un descubrimiento de América, ni siquiera un *descubrimiento*, el *descubrimiento de América* ¿será un *hecho* o no se reducirá, más bien, a una simple *idea*? . . . El *hecho* del *descubrimiento de América* bien puede conceptuarse o concebirse, pues, muy de otra manera: la simple *idea* del *descubrimiento de América*, un concepto que quizá debiera sustituirse por el del *hecho* de la *invención* históricamente paulatina de una entidad la concepción de la cual como América sería el meollo mismo de la *invención*.⁴ Lo que es imposible es no conceptuarlo o concebirlo mediante unos u otros conceptos o

ideas sin dejar de conceptualarlo o concebirlo en absoluto. La razón es que los hombres no podemos hacer sino *como hombres* cuanto hagamos, entre ello enfrentarnos a los “hechos”, y entre aquello en que *consistimos* como hombres figuran, no sólo las percepciones sensibles que nos hacen percibir los “hechos” sensibles, sino las ideas, con las que no podemos menos de “interpretar” los “hechos” perceptibles sensiblemente, hasta el punto de que la interpretación por medio de las ideas es un ingrediente constitutivo de la percepción sensible e incluso, en cierto sentido, las ideas mismas un ingrediente constitutivo de los “hechos” percibidos sensiblemente. Fuese lo que fuese lo pensado por Colón de la tierra a que arribaba, digamos “tierra del Gran Kan”, lo que percibía *lo percibía como tal tierra*, por interpretarlo con una idea, en el caso la idea “tierra del Gran Kan”, idea preconcebida. Y en lo anterior, cuando se ha querido no conceptualar de “descubrimiento de América” el hecho de la arribada de Colón, se ha tenido que conceptualarlo de esto, de hecho de “la arribada de Colón”, lo que es también una idea, la de que no fué más que una “arribada” y no un “descubrimiento”, y no padecido por el objeto “América”, sino actuado por el sujeto “Colón”. Los historiadores, pues, que sostienen la tesis de que los hechos históricos son independientes de las ideas, historían el hecho del descubrimiento de América, no prescindiendo de todas las ideas acerca de él, porque ello es imposible, sino empleando precisamente esta idea de “hecho del descubrimiento de América”, pero no dándose cuenta de que la emplean, sino pensando que no emplean ninguna y que se atienen exclusivamente al hecho mismo, por ser tal idea tan tradicional y divulgada, que no se la advierte como tal, sino que se la toma por el hecho mismo y nudo de toda idea.

De semejante “inconsciencia” son consecuencia los errores de la Historia colombina contemporánea denunciados por O’Gorman: desde el empleo de grandes métodos imperantes hasta la perseveración inveterada en una concepción errónea del hecho y en historiar un hecho erróneamente conceptualado o concebido, lo que no equivale a hacer la Historia de un error, sino a prolongar la historia de un error haciendo la Historia del mismo tomado por verdad: la Historia del error la hace sólo el libro de O’Gorman. En cambio, los primeros,

historiadores o no, que emplearon la idea de “descubrimiento” para conceptuar o concebir lo hecho por Colón, la emplearon de otra manera y por otros motivos, que se apuntarán más adelante. Porque es que estas ideas con las que no podemos menos de interpretar los hechos, cualquiera que sea su origen—que es lo que se acaba de prometer apuntar más adelante—, tampoco pueden menos de ser preconcebidas, previas o *a priori* de los hechos que vienen a ser interpretados con ellas. Así, la Historia colombina moderna entraña un *a priori* de ideas que van desde las del “objetivo asiático” y del “descubrimiento” hasta las sustancialistas puestas de manifiesto anteriormente. Sin unas u otras ideas previas no es posible al historiador ni abordar los hechos históricos que se propone historiar, ni siquiera proponerse historiar unos y no otros. Sólo que no son lo mismo unas ideas previas que otras, como aún se verá.

Los hechos no son, en conclusión, independientes de las ideas. Pero ahora no se saque de esta conclusión esta otra, opuesta a la tesis de que los hechos son independientes de las ideas, pero no menos errónea que esta misma tesis: los hechos se reducirían a las ideas. No. Ni los hechos son independientes de las ideas, ni se reducen a ellas. No hay para nosotros, los hombres, hechos no integrados, en cierto sentido, por las ideas, pero esta integración es sólo parcial: en la integridad de los hechos entran, además de las ideas, otros ingredientes. Pero en estos otros ingredientes no es necesario aquí detenerse, pues no son materia de un error—el de la tesis “idealista” de la reducción de los hechos a las ideas— tan peculiar de la Historia y de la filosofía de la Historia contemporáneas como la tesis “empirista” o “positivista” de la independencia de los hechos respecto de las ideas, aunque es un error peculiar de la Historia y de la filosofía de la Historia “idealistas” de la época de Humboldt—piénsese en Hegel. En cambio, es ya urgente pasar aquí a otra tesis errónea: la de que las ideas no serían hechos en ningún sentido.

A primera vista puede parecer la mera tesis recíproca de la tesis de que los hechos son independientes de las ideas. La independencia de los hechos respecto de las ideas puede entenderse como distinción radical y mutua entre los hechos y las ideas. Si esta distinción se entendiera, a su vez, exclusivamente en el sentido de que los hechos *sensibles*, a pesar de tener

por ingredientes ideas, no son en su integridad ideas, y de que las ideas no son hechos sensibles, ni siquiera las integrantes de los hechos sensibles, nada habría que objetar a la distinción. Pero si ésta se entiende en el sentido de que las ideas no son *hechos* en el sentido de objetos que pueden ser precisamente esto, objetos, de un conocimiento tan objetivo e historiográfico por lo menos como los hechos sensibles, a la distinción hay que objetarla de falsa. Para ver esta falsedad bastan de nuevo el mismo simplicísimo ejemplo y una reflexión tan simplicísima como la ya hecha sobre este ejemplo. La *idea* del descubrimiento de América no es un hecho como el hecho *sensible* de la *mera arribada material* de Colón a una tierra. Tampoco es un hecho como el hecho de un *descubrimiento*, que es dudoso, cuando menos, que sea un hecho sensible como la *mera arribada material*. Pero, a pesar de todo, la *idea* del descubrimiento de América es un hecho tan *histórico* como hubiera podido serlo el del descubrimiento, y hasta como lo sea el de la arribada, si no más que ambos, y en todo caso tan *hecho* como ambos en un sentido irrecusable del término. La *idea* del descubrimiento de América tiene la *historia* que se ha visto. Es una idea que concibieron por primera vez ciertos hombres, y que comunicada de unos a otros y concebida por unos y otros en relaciones sumamente variadas con otras ideas, ha seguido siendo concebida por los hombres de nuestros días, hasta serlo por O'Gorman como tema de su libro. La *idea* del descubrimiento de América sería, pues, un hecho *más histórico* que el hecho sensible de la arribada y hasta que el hecho del descubrimiento, por lo menos en el sentido de que el hecho de la arribada y hasta el del descubrimiento habrían tenido lugar el 12 de octubre de 1492, exclusivamente para siempre, un muy breve y único tener lugar, por tanto; mientras que la idea del descubrimiento ha venido teniendo lugar durante cuatro largos siglos en las mentes de los hombres, y por intermedio de la acción de los hombres, inspirada por las ideas de sus mentes, ha venido teniendo acción sobre la realidad extramental y lugar en esta realidad: así ha tenido acción sobre y lugar en una realidad tan extramental como la del viaje de Morison, inspirado por la idea de comprobar como antes nadie la idea del descubrimiento de América por Colón. El *hecho* de la arribada o *del descubrimiento* fué aquel día para

no ser ya más, por no poder ser ya más. Lo que pudo ser ya aquel día y fué sin duda otro posterior, y ha podido seguir siendo desde este día hasta el de hoy, y puede seguir siendo aún en los días futuros, a pesar del libro de O'Gorman, es el *hecho de la idea* del descubrimiento. Pero hay más. Sólo como conceptualizado de "arribada" o de "descubrimiento" por medio de estas ideas, o por medio de otras, cualesquiera que puedan ser, ha podido ser y puede seguir siendo el hecho así conceptualizado objeto de la Historia, es decir, objeto de la idea, por ejemplo, del descubrimiento, a lo largo de la historia de ésta, de la idea. Lo que equivale a decir que el carácter de hecho *histórico*, o su *historicidad*, lo debe el hecho del descubrimiento al tener *historia* la *idea* de él, o al carácter de hecho histórico de la idea del descubrimiento, o a la historicidad de esta idea: una segunda y más profunda razón para tener la idea por un hecho *más histórico*, y en este sentido *más hecho*, que el hecho del descubrimiento y hasta que el sensible de la arribada. Primero se presentaron de suyo la idea y el hecho como más histórica aquélla que éste; ahora se presentan como siendo histórico el uno por obra de la otra. Y por lo mismo no es el conocimiento historiográfico de las ideas precisamente menos "objetivo", o más "subjetivo", que el de los hechos. Cada uno tiene sus peculiares y correlativas objetividad y subjetividad, que no es posible detenerse a puntualizar más aquí.

Las ideas son, en conclusión, hechos tan históricos como cualesquiera otros hechos históricos, y hasta más históricos, y en cuanto tales, tan hechos, por lo menos, como cualesquiera otros. Pero tampoco se saque de esta conclusión esta otra: las ideas serían unos hechos independientes de los demás y posibles objetos de una Historia de las ideas—puras, esto es, de una Historia de las ideas hecha tratando de las ideas exclusivamente o prescindiendo de todos los demás hechos, como la Historia puramente doxográfica de la progenie hegeliana, ya antes mentada—y de la mayoría de los manuales y aun tratados de Historia de la Filosofía—arquetipo de la Historia de las ideas—, según les criticaba Unamuno ya por 1912, año en que está fechado *Del sentimiento trágico de la vida*, donde se lee: "En las más de las historias de la filosofía que conozco se nos presenta a los sistemas como originándose los unos de

los otros, y sus autores, los filósofos, apenas aparecen sino como meros pretextos. La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron, ocupa un lugar secundario. Y es ella, sin embargo, esa íntima biografía, la que más cosas nos explica". Y se desarrolla la idea. Semejante Historia de las ideas ha negado recientemente que la haya Ortega y Gasset justo en el prólogo a una Historia de la Filosofía; no en el sentido de que no haya toda una literatura que trata de ideas exclusivamente o prescindiendo de todos los demás hechos y que se llama "Historia", sino en el sentido de que esta literatura no es auténticamente aquello que se llama, no es auténtica Historia. Modelo de auténtica Historia de las ideas es, en cambio, un trabajo como *Leibniz y su tiempo*, en que Dilthey, quizá el más grande de nuestro tiempo entre los auténticos historiadores de ideas, incluye apartados sobre "condiciones políticas y sociales", "literatura y poesía", "el teatro" y hasta "el cántico religioso" y "la gran música religiosa". Porque las ideas de que cabe hacer Historia son ideas de los hombres o en relación con todo lo que, además de ellas, integra la realidad de los hombres y del mundo en el cual son reales los hombres con sus ideas—comoquiera que todos estos hechos o fenómenos se interpreten *metafenoménica* o *metafísicamente*. En rigor, Historia no hay más que una: la Historia de la historia de los hombres y de su mundo, o mundos, en su integridad, o en la complejidad mutua de los distintos sectores de la vida y cultura humanas y de los distintos aspectos del mundo o mundos, desde los más colectivos, los generales humanos, hasta los individuales irreducibles, absolutos, o los más personales. Tan sólo en definitiva la limitada capacidad del individuo humano impone una división del trabajo historiográfico colectivo en Historias llamadas políticas, de la literatura, del arte, de las ideas, etc., etc., que si quieren ser auténticamente Historias no pueden ser sino Historias de *la* historia poniendo en primer término la política, o la literatura, o el arte, o las ideas, o el sector de la cultura que se prefiera, y tratando de explicarlo o comprenderlo por todos los demás, dejados en segundo término, pero no dejados del todo. Auténtica Historia de las ideas, sean políticas, literarias, artísticas, filosóficas, científicas, o lo que sean, es, pues, sólo aquella que trata la historia de las ideas, por ejemplo,

políticas, no sólo en sus relaciones con los hechos políticos o con las demás ideas, sino con todos los demás hechos integrantes de la historia. Las ideas son unos peculiares hechos en relaciones históricas con otros hechos, una de las cuales es la de una integración parcial de éstos por aquéllas. Justo por estas relaciones hay ideas e ideas en el sentido de unas más importantes históricamente que otras, y obras de Historia de las ideas más importantes unas que otras por la importancia histórica de las ideas objeto de las unas y de las otras, aparte la diversa importancia que pueden tener las obras de toda Historia por su desigual perfección como Historia. Pero la variada importancia histórica de las ideas no debe conducir a entender la Historia de las ideas como Historia exclusivamente de ciertas ideas de máxima importancia histórica, según la entiende el máximo promotor de la Historia de las ideas en los Estados Unidos, A. Lovejoy. En ningún caso debe ceñirse *a priori* la Historia de las ideas a ningún grupo de éstas. Justo estas mismas relaciones entre todos los ingredientes de la historia requieren y permiten la articulación de su masa a lo largo del tiempo. Pero lo más interesante aquí es cómo son las relaciones de las ideas con los hechos que, integrados por ellas parcialmente, por esto mismo no se reducen totalmente a ellas, lo que decide de que no sean indiferentes las ideas previas con que se aborden los hechos, ni las sucesivas con que se interpreten, o lo que suministra un criterio para discernir entre la adecuación y la inadecuación o verdad y falsedad de las ideas, en que está entrañado el origen de las ideas previas y subsiguientes o *a priori* y *a posteriori* de un determinado hecho. No sólo el proceso de confección de la Historia, sino ya el de efectuación de la historia misma, es precisamente un proceso espiral indefinido de revalidación o invalidación de ideas *a priori* de los sucesivos hechos por estos mismos y de interpretación de estos mismos con las ideas revalidadas o con ideas nuevas *a posteriori* de los hechos. Lo fundamental es la espiralidad de este proceso, promovida singularmente por lo que puede llamarse la estructura dinámica de la limitación o finitud de las soluciones a los problemas.

“Es habitual suponer ingenuamente que los procesos interpretativos del pasado son indefinidamente progresivos, y la noción de que se trata de estructuras hermenéuticas constituí-

das por una problemática de posibilidades limitadas resulta de difícil admisión". Sin embargo así es, como muestra excelentemente justo el caso tema del libro de O'Gorman. "Una vez conceptualizada la hazaña colombina *sub specie* de 'descubrimiento'... comenzó el desarrollo de un proceso interpretativo de ese suceso, cuya problemática consistió en explicitar y articular adecuadamente el elemento de intencionalidad implícitamente postulado en aquella manera de concepción. Mas si esto es así, resulta claro que el proceso solamente alberga en su seno las posibilidades de solución que pueda ofrecer aquel problema". "Éstas solamente pueden ser dos, porque la intencionalidad del 'descubrimiento' solamente puede lícitamente radicarse, a su vez, en dos lugares, a saber: en el agente que lleva a cabo el acontecimiento, es decir, en Cristóbal Colón, o en el acontecimiento mismo, es decir en el discurrir histórico. Pero, precisamente, estas dos únicas posibilidades de solución al problema son las que representan, la primera, la etapa antigua de la historiografía colombina, la segunda, la etapa moderna tan plenamente encarnada en la tesis teleológica humboldtiana del discurrir histórico. Para la etapa posterior no queda, pues, solución propia posible". "Es así, pues, que podemos lícitamente afirmar que la etapa contemporánea es un desarrollo o desbordamiento que ya no responde a ninguna posibilidad auténtica, sino que es una prolongación tradicionalista de la solución moderna que no encierra novedad ni promesa alguna." El dinamismo de la susomentada estructura en general es, pues, el siguiente. Un problema sufre desde luego una alteración cuando sobreviene un dato nuevo, pero también "puede sufrir una alteración sin que... sobrevenga un dato nuevo que mude los términos de su planteamiento. En efecto, un problema se altera radicalmente cuando sobreviene un cambio de la situación histórica en que se originó, es decir, cuando el plexo de referencias en que el problema cobra su significación deja de tener vigencia". Mas incluso "la alteración en los términos lógicos del problema involucra también una mudanza de la situación histórica general, porque de otra manera el 'nuevo dato' que cambia el planteamiento del problema no es operante, es decir, no es un 'dato'. Así se ve en el caso de los historiadores antiguos y particularmente en el padre Las Casas, para quien el conocimiento del objeti-

vo asiático de Colón no alteró el problema, como lo alteró para Herrera. . . de todos modos los dos casos no son idénticos: en uno la situación nueva se revela por el reclamo de atención del nuevo 'dato'; en el otro se revela por la ausencia de semejante salida". Hasta que "no pudiendo tener un nuevo sentido, por más que una situación nueva lo requiera, el problema no puede sino replantearse con su última significación, la cual, sin embargo, ya no es significativa, justamente porque ya no responde adecuadamente a las exigencias y circunstancias en que lo sería". Es el punto y hora de reemplazar una interpretación básica por otra, como la de "descubrimiento de América" por la de "invención de América". Pero lo verdaderamente fundamental es la espiralidad indefinida de todo el proceso. "Los contemporáneos" "parecen no saber que la historia es irreversible, porque a eso equivale pensar que las especulaciones y polémicas colombinas post-humboldtianas no pueden tener más sentido que venir a confirmar una verdad ya establecida. Ese es un pensamiento profundamente ahistórico, porque es un pensamiento que supone que la 'verdad' de un suceso es algo desligado e independiente de la situación y de la persona para los cuales esa verdad es una verdad". "Todo, por consiguiente, está en admitir que la 'verdad' no es algo ajeno o externo al hombre, sino que es algo relativo a las exigencias de su vida o si se quiere, de sus circunstancias. De este modo, en efecto, se nos abre la comprensión del pasado y del presente y podemos entender, sin violencia, la dialéctica entre las 'verdades' de generaciones pasadas y las nuestras". "Y no nos hagamos los sorprendidos, ni nos llamemos a engaño: a diario en nuestras vidas. . . trastrocamos 'verdades' para relegar al reino de lo fabuloso verdades a que habíamos concedido nuestra adhesión y que, en vista de alguna nueva 'evidencia', abandonamos para sustituirlas por otras". Y semejante proceso no es otro que el de la comprensión de nuestro presente por nuestro pasado, comprendido por nuestro presente, con reciprocidad ineluctable y más radical, por ser cada presente nuestro en cuanto tal o presente lo absoluto: el proceso, en suma, de autocomprensión en que se efectúa nuestro ser temporal. Comprensión del presente por el pasado: "A las estructuras hermenéuticas historiográficas únicamente puede llegárseles por su historia misma, de se-

mejante modo que a un hombre no se le conoce sino biográficamente, así sólo sea por la mínima porción de su vida transcurrida desde el momento en que nos lo presentaron". Comprensión del pasado por el presente: "Era irremediable, en efecto, que este Colón humboldtiano, este instrumento de la teleología idealista de la interpretación romántica de la historia, fuese, también él, un romántico científico a semejanza de Alejandro von Humboldt, su creador. Irremediable, por cierto, como que el Colón de Oviedo fuese, a semejanza de Oviedo, un imperialista; o como que el Colón lascasiano fuese, como Las Casas, un providencialista. Tal el tejido más íntimo de toda verdad historiográfica: siempre el pasado lo transfiguramos en imagen a nuestra semejanza".

Es EL LUGAR que el libro de O'Gorman viene a ocupar en la historia de la Historia de las ideas y de la Historia en general, y aun en la historia a secas, lo que decide de su valor en conjunto. En la historia de América y de su Historia parece un lugar literalmente único: en la historia de la Historia de las ideas sobre América, por ser la primera Historia de la primera, en todos sentidos, de las ideas sobre América; en la historia de la Historia de los "hechos" americanos, por la dependencia en que los "hechos" están de las ideas sobre ellos; y por las dos razones acabadas de enunciar y ser las ideas y la Historia de ellas hechos integrantes de la historia, en esta misma.

En la historia de la Historia de las ideas en general queda determinado el lugar del libro por su ejemplar perfección metodológica, incluyendo la artística, y la profundidad y el rigor de la filosofía que es su fundamento. Por la conjunción de estas condiciones cabe invocar como términos de comparación los títulos y nombres más conspicuos de la Historia universal de las ideas, sin temor alguno de abrumarle con ellos ni de pecar de falseamiento de los tamaños por desconocimiento de la perspectiva. *La idea del descubrimiento de América* sin duda está lejos de ser tan monumental como la *Historia de las ideas estéticas en España* o la *Historia de los heterodoxos españoles*; pero el tratamiento de los autores es metodológicamente tan perfecto—en casos, mucho más rigurosamente metodológico y perfecto—; la limitación del tema, expresión de un rigor mucho mayor en metodología y con-

cepciones capitales; los fundamentos filosóficos, mucho más conscientes y unitarios, en forma como la que echaba precisamente de menos Croce en la Historia de ideas de D. Marcellino. *La idea del descubrimiento de América* sin duda está lejos de ser tan monumental como la parte más estrictamente de Historia de las ideas en la obra total de Dilthey; pero es un libro completo, redondo, acabado en el conjunto y en el detalle como ningún escrito de Dilthey, unos por una razón y en un sentido y otros en y por otros sentido y razón. Me atrevo a concluir diciendo que presumo que el libro de O'Gorman hará quedar a éste en la historia de los estudios americanos como aquel autor que desde Humboldt más merecería ponerse a la zaga inmediata de éste.

NOTAS

¹ *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos.* México: Ediciones del IV centenario de la Universidad de México. Centro de Estudios Filosóficos, 1951.

² Se escribirá *historia* cuando se haga referencia a la *realidad histórica*; *Historia* cuando se haga referencia a las obras de *literatura* científica y artística *sobre la historia*. La *Historia* es parte de la *historia* y por eso hay una *historia de la Historia* y una *Historia de la Historia*. De esta última cabe decir lo mismo que de la simple *Historia*. Tal superposición de términos es una de las estructuras fundamentales de la *historia*.

³ Es notable la coincidencia entre el *behaviourism*, tan norteamericano, y la *Historia*. . . *behaviourista* de Mr. Morison.

⁴ Que es lo que creo saber piensa O'Gorman y será el tema del libro prometido por el actual como su complemento.